

RAPUNZEL



Autor: Hermanos Grimm
Ilustraciones: Fran Villarroel

*H*abía una vez un hombre y una mujer que deseaban muy ardientemente tener un hijo, pero no veían cumplido su anhelo. Al cabo del tiempo, a pesar de todo, la mujer puso sus esperanzas en que de algún modo Dios haría realidad su deseo.

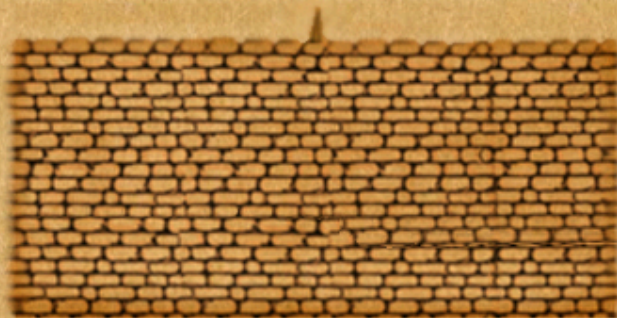


En la parte trasera de la casa en que vivían había una pequeña ventana



desde la cual se podía contemplar un jardín verdaderamente espléndido, lleno de flores hermosísimas y de plantas de todo tipo.

Estaba este jardín, sin embargo, rodeado por un alto muro, y nadie había que se atreviese a entrar allí, pues pertenecía a una hechicera dueña de grandes poderes y que era temida por todo el mundo.





Un día se hallaba la mujer
asomada a esta ventana, mirando
hacia el jardín, cuando vio de
pronto un arriate lleno de los más
hermosos rábanos que hubiera
visto en su vida.

Tan frescos y verdes se veían, que
la mujer tuvo un antojo y
experimentó un intenso deseo de
probarlos.



Este deseo era cada día mayor, y como ella sabía bien que no podría obtener ninguno, se entristeció mucho y su rostro se demacró y palideció, y fue adquiriendo un aspecto cada vez más lamentable.



Tanto se asustó su marido al verla así, que le preguntó:

—¿Qué es lo que te hace falta, querida esposa?

—¡Ay! —contestó ella—. Si no puedo comer ninguno de los rábanos del jardín que hay detrás de nuestra casa, me voy a morir.



El hombre, que la quería profundamente, pensó:



“Antes que dejar morir a tu mujer, tendrás que ir y coger de esos rábanos, cueste lo que cueste”. Así fue como al atardecer trepó por el muro de la hechicera,

cortó a toda velocidad un manojo
de rábanos y se lo llevó a su esposa.



Sin demora la mujer
se preparó con ellos
una ensalada y
enseguida se los
comió llena de
ansiedad.



Pero le gustaron tanto, tanto, que a
la mañana siguiente despertó con
un apetito redoblado por ellos.
Si quería ver tranquila a su mujer,
tendría el hombre que volver a
trepar el muro para descolgarse al
jardín de la hechicera.

Volvió a hacerlo, de nuevo al atardecer, pero cuando descendía por el muro se llevó un susto fenomenal al ver que la bruja estaba de pie ante él.



—Pero, ¿cómo te atreves —le dijo ella con una mirada rabiosa— a entrar en mi jardín y llevarte mis rábanos como un ladrón? Esto lo vas a lamentar de veras.

—¡Ay! —dijo el hombre—.
Perdóname y deja que en ti
predomine la piedad sobre la ley.
Me he visto forzado a hacerlo por
necesidad.

Cuando mi mujer vio estos rábanos
desde la ventana, le entró tal deseo
de ellos que se hubiera muerto si
no los hubiera podido comer.



Se aplacó un poco la ira de la vieja,
y le dijo:

—Si es como me dices,
permitiré que te lleves todos los
rábanos que quieras.

Solamente te pongo una condición:
tendrás que entregarme, apenas
nazca, el niño que tenga tu mujer.

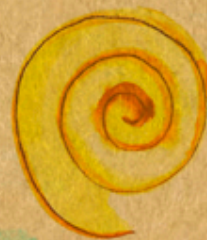
Estará bien conmigo y lo
cuidaré como una madre.





El hombre, presa del miedo, lo aceptó todo, y así fue que cuando la mujer dio a luz una niña, apareció la hechicera, le puso a la recién nacida el nombre de Rapunzel y se la llevó consigo.

Rapunzel era la niña más hermosa que existía bajo el sol.



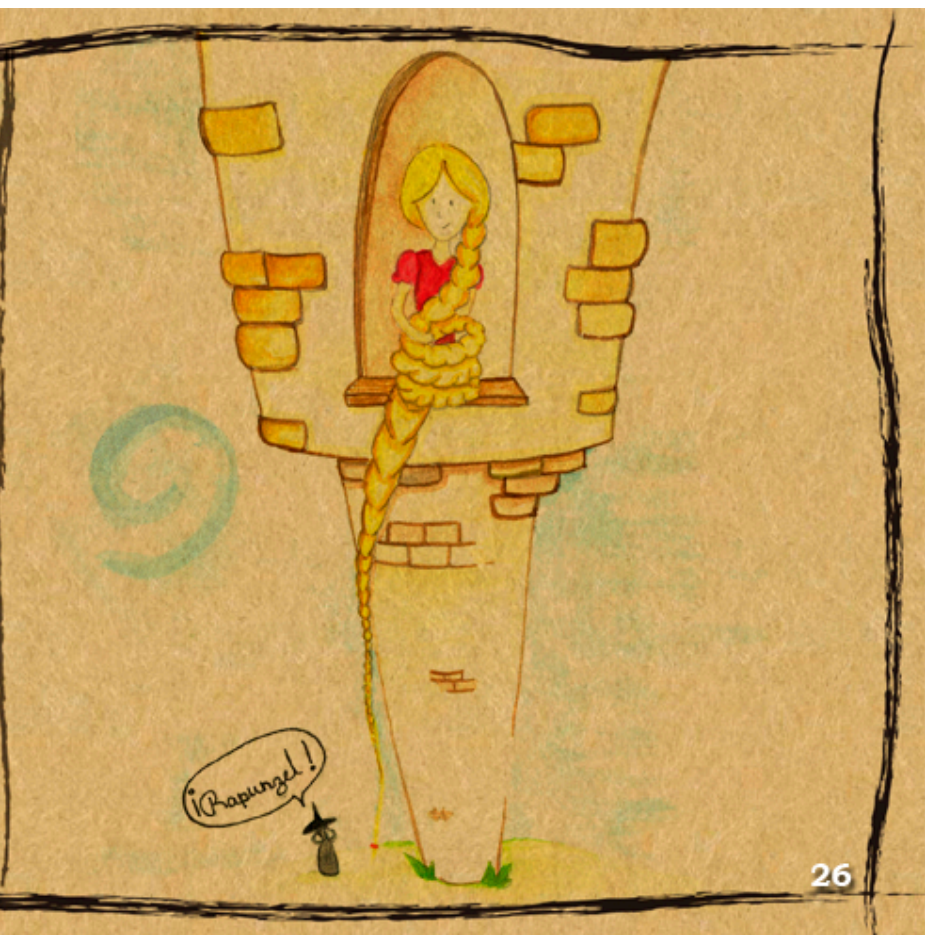


Pero apenas cumplió los doce años,
la hechicera la encerró en lo alto de
una torre que se alzaba en medio
del bosque.


Esta torre no tenía puerta ni
escaleras, sino solamente una
pequeña ventana allá arriba.

Cuando la bruja quería entrar,
gritaba desde abajo:

—¡Rapunzel, Rapunzel,
deja caer tus cabellos
y yo subiré por ellos!

A hand-drawn illustration on a textured, light brown background. On the right side, a stone tower is shown with a girl with long, golden braided hair sitting on a ledge. Her hair hangs down the length of the tower. At the base of the tower, a small black witch with a pointed hat is looking up. A speech bubble next to her contains the text '¡Rapunzel!'. The background features faint green spiral patterns.

¡Rapunzel!



Los cabellos de Rapunzel
eran en verdad muy
hermosos,
tan finos como si se
tratara de oro hilado.

Cuando la niña
oía la voz de la
hechicera,
desataba sus
trenzas,
las enrollaba en un
gancho de la
ventana y dejaba
caer sus cabellos
desde una altura
cincuenta codos, y de ese modo la
hechicera trepaba por ellos.



Pasados algunos años, aconteció
que el hijo del rey de aquella
comarca se fue a pasear por el
bosque y llegó de pronto frente a la
torre.





En ese momento se oyó un canto tan bello y melodioso, que el príncipe no pudo evitar detenerse para escuchar.

Era Rapunzel que, en su soledad, entretenía las horas dejando sonar su dulce voz.

El hijo del rey quiso entonces subir
adonde estaba ella y buscó una
puerta para entrar a la torre,
pero no encontró ninguna.

Regresó cabalgando al palacio,





pero aquel canto lo había
conmovido de tal modo que de ahí
en adelante se iba cada día al
bosque y se ponía a escucharlo.

En una ocasión en que se encontraba detrás de un árbol, vio que se aproximaba a la torre una hechicera y pudo oír cómo ésta gritaba hacia arriba:

—¡Rapunzel, Rapunzel,
deja caer tus cabellos
y yo subiré por ellos!



Entonces Rapunzel dejó caer desde lo alto sus cabellos trenzados y la hechicera subió por ellos.

“Si ésa es la escala con la que se llega arriba, voy a probar suerte yo también”, pensó el hijo del rey.

Y al día siguiente, cuando empezaba ya a oscurecer, fue hasta la torre y gritó:

—¡Rapunzel, Rapunzel,
deja caer tus cabellos
y yo subiré por ellos!

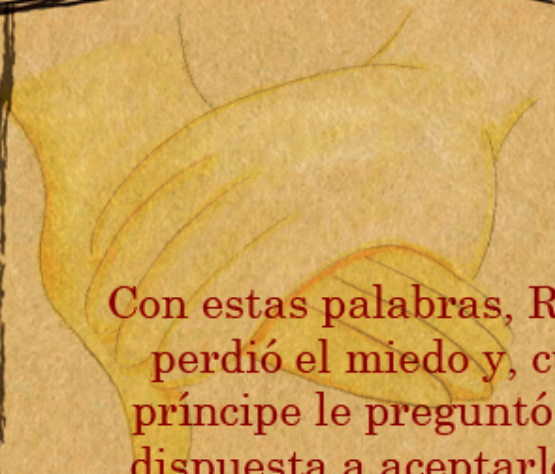




Rápidamente cayeron los rubios
cabellos y el hijo del rey pudo
subir.

Al verlo, Rapunzel se asustó
enormemente, pues era la primera
vez que sus ojos contemplaban a
un hombre, pero el príncipe la
tranquilizó hablándole muy
afectuosamente.

Le dijo que su canción lo había impresionado tanto que ya no le era posible hallar la paz en ningún lugar, y que por lo tanto había decidido ver por sí mismo a la dueña de esa voz.

A large, stylized watercolor illustration of a hand, rendered in shades of yellow and orange, positioned in the upper right background of the page.

Con estas palabras, Rapunzel le perdió el miedo y, cuando el príncipe le preguntó si estaba dispuesta a aceptarlo como su marido, no dejó de notar que era joven y atractivo, y pensó: “Él me querrá sin duda más que la vieja señora Gothel”. Le dijo entonces que sí y puso su mano sobre la de él.

—Me iré gustosa contigo —le dijo
luego—, pero no sé cómo bajar.
Cuando vengas, trae cada vez un
cordel de seda.



Con ellos iré tejiendo una escala, y
cuando esté lista bajaré por ella para
que tú me montes en tu caballo.

Quedaron de acuerdo en que él iría todas las tardes a verla, pues durante el día iba la vieja.

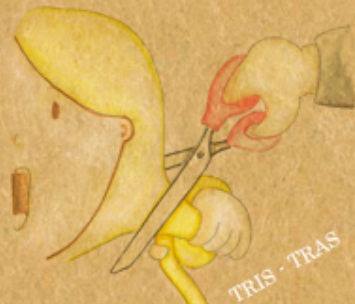
Así lo hicieron, y la hechicera no se daba cuenta de nada, hasta que un día Rapunzel le dijo:

—Dígame, señora Gothel, ¿Cómo es que me cuesta mucho más subirla a usted que al hijo del rey? Él no tarda ni un minuto en llegar aquí arriba junto a mí.



—¡Oh, muchacha descarada! —se enfureció la hechicera—.
¿Qué es lo que estoy oyendo de tus labios?

Yo pensaba que te había apartado de todo el mundo, pero bien veo que tú me has engañado.



Llevada por la ira agarró los hermosos cabellos de Rapunzel, rodeó con ellos dos veces su mano izquierda, empuñó unas tijeras con la derecha y tris-tras, los hermosos mechones dorados cayeron cortados por el suelo.

Fue tan despiadada la bruja, que se llevó a la pobre Rapunzel a un desierto donde la obligó a vivir miserablemente y padeciendo toda clase de privaciones.



El mismo día en que la arrojó de su lado, por la tarde, sujetó la hechicera los mechones que había cortado en el gancho de la ventana, y cuando llegó el hijo del rey y exclamó:
—¡Rapunzel, Rapunzel, deja caer tus cabellos y yo subiré por ellos!



Dejó la vieja caer los cabellos y el hijo del rey subió, pero no encontró arriba a su amada Rapunzel sino a la hechicera, que le clavó sus ojos malvados y venenosos.



—Bien, bien —exclamó ella,
burlona—, querías llevarte de aquí
a tu amada, pero como ves el
hermoso pájaro no se encuentra ya
en el nido.

No volverá a cantar nunca más,
pues se lo ha llevado un gato al que
le falta todavía arrancarte los ojos.

Para ti Rapunzel está perdida, no la
volverás a ver jamás.

El hijo del rey creyó enloquecer de
dolor, y en su desesperación se
arrojó desde lo alto de la torre.





Logró salvar la vida, pero los
espinos sobre los que cayó le
sacaron los ojos.

Desde entonces, ciego, vagó
inconsolablemente por el bosque,
sin comer más que raíces y bayas, y
sin hacer otra cosa que lamentarse
y llorar por la pérdida de su
amada.





Así anduvo por algunos años, de aquí para allá, pasando grandes necesidades, hasta que finalmente llegó al desierto donde vivía miserablemente Rapunzel junto a los dos gemelos que había tenido, un niño y una niña.

Oyó el príncipe una voz, y le pareció tan conocida que se dirigió allí sin vacilar.

Al verlo acercarse, Rapunzel lo reconoció y se le echó al cuello llorando.



Dos de sus lágrimas humedecieron los ojos del hijo del rey, que entonces se aclararon de nuevo y él pudo ver tan nítidamente como antes.



Se llevó a Rapunzel a su reino,
donde fue recibido con enorme
alegría, y donde vivieron ambos
felices y contentos todavía durante
mucho tiempo.

FIN

